

JUICIO PROGRESIVO DEL MAGISTERIO PONTIFICIO SOBRE EL MARXISMO. José L. Idígoras, S.J.

Queremos resumir en breves páginas la evolución que se ha realizado en el pensamiento de la iglesia, a través de las declaraciones pontificias, en torno al marxismo. De hecho, aunque la doctrina de la iglesia es permanente en lo fundamental, no puede ser inmóvil en el juicio de movimientos históricos sujetos a toda clase de cambios. Y vamos a ver cómo a lo largo de más de un siglo, se han matizado y perfeccionado muchas de las enseñanzas pontificias, ante el desarrollo cambiante de los acontecimientos.

237

Resumiendo de antemano lo que ha de ser el fruto de nuestro trabajo, podemos adelantar que en lo que se refiere al marxismo hay una línea constante e inalterable en el magisterio pontificio. Las matizaciones se refieren a aspectos particulares. Y la evolución más destacada es la que se refiere al socialismo, donde sí se puede decir que se han dado cambios de importancia. Y hacemos notar desde ahora que, aunque titulamos el artículo, como un juicio sobre el marxismo, en realidad sería más propio hablar del socialismo. Pues vamos a ver que las primeras condenaciones pontificias, surgidas antes del Manifiesto comunista, no pueden aún referirse al marxismo. Aluden ciertamente a otras formas socialistas, entre las que paulatinamente se iría destacando el marxismo que centraría luego las declaraciones pontificias sobre el socialismo.

No pretendemos hacer un estudio exhaustivo que incluya todos los textos pontificios sin excepción. Nos

va a bastar, referirnos a aquellos que nos parecen más decisivos, para marcar la trayectoria del pensamiento pontificio. Omitiremos muchas citas que consideramos como repeticiones u orquestaciones de otros textos más centrales. Y nos limitamos a los textos pontificios, dejando de lado los del Concilio o Sínodos que nos parece no aportan nada decisivo para nuestro tema (1).

Dividimos el trabajo en cuatro partes que responden a las personas de cuatro Papas. El primero es Pío IX y con él, las primeras condenaciones del socialismo. El segundo es León XIII que aporta las primeras formulaciones sistemáticas de la doctrina de la iglesia. El tercero es Pío XI que condena ya explícitamente el marxismo y lo diferencia del socialismo, y el cuarto es Paulo VI que abre la mano en la aceptación del socialismo, dentro de ciertas condiciones. Al final nos vamos a permitir hacer una alusión directa a un documento explícito del Episcopado peruano, pues nos parece completamente necesario para esta exposición.

238

1. Pío IX y las primeras condenaciones del socialismo.

Pío IX fue elegido Papa en 1846, dos años antes de la publicación del Manifiesto comunista de Marx y de Engels. Fue elegido en junio y ya en noviembre del mismo año publicaba su primera encíclica en la que atacaba abiertamente al socialismo. La encíclica se denomina "Qui pluribus" y traza la línea de acción del Pontífice. Evidentemente las condenaciones del Papa no se pueden referir aún al marxismo, pues éste apenas se estaba desarrollando en la cabeza de su fundadores. Las palabras del Papa se dirigen a la pujante floración socialista de comienzos del siglo XIX, como protesta contra las injusticias sociales y como ideales utópicos en busca de mundos más humanos. La principal acusación que el Papa tiene contra ellos es el desorden social que aportan. Siente amenazada la autoridad, base para él de todo el sistema político.

La condenación se dirige a los comunistas y está inserta en una serie de "errores modernos" que se rechazan con los epítetos más terribles. Es en una enumeración de dichos errores, entre los que se incluye a las sociedades bíblicas, al indiferentismo, y la prensa sectaria, donde se condena al nuevo error. "Entre estos (errores), esa abominable y sobre todo antirracional doctrina llamada del comunismo que, de admitirla, acabará por destruir desde sus cimientos los derechos, las cosas y las propiedades de todos y hasta la misma sociedad humana" (2).

Una descripción más amplia de las doctrinas condenadas se nos ofrece en la encíclica "Nostis et nobiscum", de 1849. El fin de estas doctrinas del socialismo y del comunismo es "impulsar a los pueblos, agitados por cualquier viento de perversas doctrinas, a la subversión de todo orden de las cosas humanas" (3). "Abusando de los términos de libertad e igualdad" tratan de "mantener a los obreros y demás gentes de condición modesta en constante agitación", "ilusionados con las promesas de una vida mejor", "empujándolos poco a poco cada vez a mayores desmanes, a fin de poder servirse después de su ayuda, para atacar todo régimen de autoridad superior, para saquear, destruir e invadir las propiedades..." (4).

239

Si a estos textos, añadimos la condenación del *Syllabus*, de 1864, que se limita a citar los anteriores documentos y se reitera la condenación del socialismo y del comunismo entre los modernos errores (5), tenemos lo fundamental de la enseñanza de Pío IX. Bien claro podemos decir que no hay todavía una alusión directa al marxismo. Se tienen delante los socialistas utópicos y los comunismos en general que tanta influencia tenían por entonces en Europa. Y lo que el Papa rechaza lo hace en forma muy general, indicando la subversión del orden, la supresión de la propiedad y la destrucción de la autoridad legítima y de la familia. No aparece alusión alguna al materia-

lismo histórico, ni al ateísmo marxista. La misma inclusión de la condenación en una lista de errores contemporáneos, hace ver que no existe aún en la iglesia una conciencia explícita sobre el tema ni una preocupación especial por esta línea de "errores".

La mentalidad papal es todavía conservadora. Pío IX tenía una concepción de la sociedad bastante autoritaria y miraba por eso hacia el pasado con esperanza, mientras temía los nuevos movimientos revolucionarios. El mismo conocimiento del socialismo que se revela en sus encíclicas es impreciso y no es fácil precisar a quiénes se refiere. En el pontificado siguiente, se dará un paso importante en esta materia.

2. León XIII y la formulación sistemática de la doctrina social.

Con León XIII llega a la iglesia una mentalidad nueva, más abierta al mundo y ansiosa de organizar las fuerzas católicas ante las nuevas situaciones riesgosas. Entre tanto, las corrientes socialistas se han ido desarrollando ampliamente. En 1867 había salido el primer tomo de "El Capital", que había tenido gran resonancia. El marxismo seguía propagándose, aunque sin llegar a tener una hegemonía plena entre los diferentes socialismos. Por eso la doctrina papal que va a ser muy rica en la formulación de las doctrinas positivas de la iglesia, no hace aún una condenación explícita del marxismo. Sigue moviéndose en la tónica genérica de los socialismos y comunismos.

El mismo año de su elevación al pontificado, 1878, dirigía ya León XIII al mundo su primera encíclica, "Quod apostolici muneris", en que enfoca los principales problemas sociales. Al referirse a los nuevos movimientos sociales los describe indiferenciadamente, como "socialistas, comunistas y nihilistas" (6). Los errores que se les atribuyen se pueden aplicar también a las diferentes formas de socialismo, entre los que el marxista sería meramente uno de ellos. "Niegan la obediencia a los supremos poderes". "Predican la

igualdad absoluta de todos los hombres en los derechos y en las obligaciones”, “deshonran la unión natural del hombre y de la mujer” y “atacan el derecho de propiedad sancionado por la ley natural”. Para ello, “se esfuerzan por arrebatar, para convertirlo en propiedad común, todo lo que se adquiere a título de legítima herencia, o en el trabajo intelectual o manual, o con el ahorro personal” (7). Para ellos, el derecho de propiedad es “pura invención humana, contraria a la igualdad natural de los hombres. Proclama además la comunidad de bienes y declaran que no puede tolerarse con paciencia la pobreza y que es lícito violar impunemente el derecho de propiedad de los ricos” (8).

Tras esa descripción generalizada, el Papa combate los errores, para lo que distingue entre la igualdad de la condición humana y de todos los individuos ante Dios y ante la ley, y las desigualdades naturales y necesarias para el orden social que él concibe con rasgos jerárquicos quizá demasiado tradicionales. Pone de relieve la necesidad de la autoridad, en la sociedad, que proviene de Dios. Inculca la estabilidad e indisolubilidad del matrimonio. Y defiende por último la legitimidad del derecho de propiedad. Se van esbozando ya los temas que se irán haciendo clásicos en la doctrina posterior. Y como en todo comienzo, se notan todavía las vinculaciones demasiado fijas a la situación contemporánea, sin perspectivas de transformaciones futuras.

241

La gran aportación de León XIII a la doctrina social es su encíclica “*Rerum novarum*”, de 1891, donde se presenta el pensamiento católico sobre la cuestión social en forma sistemática. Vistas por sus contemporáneos, sus ideas fueron consideradas a veces como socialistas, por lo que significaban de renovación de la mentalidad tradicional. Con todo condena abiertamente al socialismo ya con ciertos rasgos que nos permiten suponer una alusión concreta al marxismo. Sigue siendo con todo el ataque contra la profusión de

ideas socialistas y críticas de la sociedad que tenían que verse sin duda en aquel tiempo como explosiones agresivas contra el orden social existente. De hecho nuestra encíclica va a hablar de socialistas sin otra connotación. Y aun en textos posteriores de León XIII, se alude en forma indeterminada a la "doctrina del socialismo y de la anarquía" (9). Aun tras la muerte de Marx, no parece que en Roma se viera el nuevo movimiento social identificado con su nombre.

242 El resumen de la enseñanza socialista y de su refutación se condensa en este párrafo de la encíclica: "Los socialistas, atizando el odio de los indigentes contra los ricos, tratan de acabar con la propiedad privada de los bienes, estimando mejor que, en su lugar, todos los bienes sean comunes y administrados por las personas que rigen el municipio o gobiernan la nación. Creen que con ese traslado de los bienes de los particulares a la comunidad, distribuyendo por igual las riquezas y el bienestar entre todos los ciudadanos, se podría curar el mal presente. Pero esa medida es tan inadecuada para resolver la contienda, que incluso llega a perjudicar a las propias clases obreras; y es además sumamente injusta, pues ejerce violencia contra los legítimos poseedores, altera la misión de la república y agita fundamentalmente a las naciones" (10).

No faltan quienes vean claramente en esta formulación la doctrina marxista. Pero realmente se podría entender igualmente de otros muchos socialismos. Y aun la descripción que se hace de la lucha de clases, tampoco presenta los rasgos característicos de la lucha marxista. "Es mal capital, en la cuestión que estamos tratando, suponer que una clase social sea espontáneamente enemiga de la otra, como si la naturaleza hubiera dispuesto a los ricos y a los pobres para combatirse mutuamente en un perpetuo duelo" (11). En todo caso, aun admitiendo una referencia expresa en la intención del Papa al marxismo, la doctrina expuesta sería extensible a otros socialismos muy

diversos.

El Papa defiende contra esa doctrina las tesis tradicionales. El hombre ansía por naturaleza la posesión de los bienes y no sólo los que se consumen con el uso, sino los que pese al uso que se hace de ellos, perduran. Es la distinción clásica del derecho romano y no la distinción marxista entre bienes de consumo y bienes de producción. Defiende también el Papa la libertad de la persona frente a la colectividad. Expone cómo el trabajo lleva consigo el derecho a la posesión de bienes. Y critica los abusos que un régimen socialista introduce en la familia y en la sociedad entera. "Se abriría de par en par la puerta a las mutuas envidias, a la maledicencia y a las discordias; quitando el estímulo al ingenio y a la habilidad de los individuos, necesariamente vendrían a secarse las mismas fuentes de las riquezas, y esa igualdad con que sueñan no sería ciertamente otra cosa que una general situación, por igual miserable y abyecta, de todos los hombres sin excepción alguna. De todo lo cual se sigue claramente que debe rechazarse de plano esa fantasía del socialismo, de reducir a común la propiedad privada" (12).

243

El ataque que el Papa dirige al socialismo es su utopía. Se trata de una fantasía que no podrá responder a la realidad. De esos sueños no podrá seguirse, sino la destrucción de todas las naciones. Pero no se alude concretamente ni al materialismo marxista, ni al ateísmo, ni al rechazo de la religión, ni a la dictadura del proletariado. Por eso seguimos en un plano general con referencias a diversos socialismos. En un texto posterior, de 1902, habla ya más a este respecto el Papa, cuando dice que "las doctrinas socialistas en su conjunto" contienen "verdaderas herejías" (13). Pero la preocupación social por el orden y la autoridad priman sobre las consideraciones más dogmáticas o religiosas.

3. Pío XI y la condenación del marxismo y del

socialismo.

244 Cuando Pío XI llega al pontificado en 1922, la realidad ha cambiado definitivamente con respecto a la de su antecesor León XIII. El marxismo ha pasado de ser una de tantas doctrinas de inspiración socialista, a convertirse en el inspirador de la revolución rusa que había dominado en el país más vasto de Europa y desde donde seguía ejerciendo su influencia sobre el proletariado mundial. Su patente persecución religiosa ofrecía un blanco a los ataques de la iglesia. Por otro lado, la toma del poder en la Unión Soviética había dividido al marxismo. La socialdemocracia alemana no veía en los métodos leninistas la prolongación de las enseñanzas de Marx. Surge, pues, con doctrinas revisionistas y forma un socialismo que cada vez se irá haciendo más democrático y alejándose progresivamente del leninismo. También en Francia el socialismo se independizaba de los comunistas. Y lo hacía con un espíritu que producía la impresión de constituir una nueva iglesia. León Blum llegó a decir: "Nosotros somos también una organización internacional, somos una catolicidad. Pretendemos, en efecto también la dominación espiritual" (14).

Ante este panorama, Pío XI va a actuar con un rechazo decisivo de las dos corrientes del marxismo. Nos hallamos ante una condenación ya explícita de las doctrinas y la praxis de los marxistas, lo mismo en su línea leninista que en la socialista. Sin embargo, el juicio que ha de dar de ambos será muy diverso, como lo exigía la realidad. El marxismo-leninismo se rechaza sin atenuantes y se lo condena abiertamente. Frente al socialismo, toma el Papa una actitud de reconocimiento de sus valores, pero llega también al rechazo y a la condenación explícita.

En la "Quadragesimo anno", el ataque va más directamente contra los socialistas. Le parece al Papa tan abierta la contradicción entre el marxismo-leninismo y la doctrina cristiana, que apenas le me-

rece una atención detenida. Prefiere explicar los peligros de un socialismo que, por presentarse más moderado y contemporalizador, puede influir más poderosamente en los católicos.

El juicio que la "Quadragesimo anno", de 1931, da sobre el marxismo-leninismo de Rusia, está condensado en este párrafo: "Enseña y persigue dos cosas y, no oculta y disimuladamente, sino clara y abiertamente, recurriendo a todos los medios, aun los más violentos: la encarnizada lucha de clases y la total abolición de la propiedad privada. Para lograr estas dos cosas no hay nada que no intente, nada que lo detenga; y con el poder en sus manos, es increíble y hasta monstruoso lo atroz e inhumano que se muestra. Ahí están pregonándolo las horribles matanzas y destrucciones con que ha devastado inmensas regiones de la Europa oriental y de Asia" (15). Tales hechos apenas merecen comentarios. El Papa estima superfluo el prevenir contra el comunismo, pues juzga que tales principios "acabarán destrozando por la violencia y la muerte a la sociedad entera" (16).

245

Pío XI se detiene más ampliamente, al tratar el tema del socialismo. Veía una mayor peligrosidad y trata de desarrollar el tema. Veremos que no es del todo sencillo precisar la posición del Papa. Por un lado, admite grandes valores en él que parecen acercarlo a la doctrina cristiana. "El socialismo parece inclinarse y hasta acercarse a las verdades que la tradición cristiana ha mantenido inviolables: no se puede negar en efecto, que sus postulados se aproximan a veces mucho a aquellos que los reformadores cristianos de la sociedad con justa razón reclaman" (17). Y un poco más abajo, haciendo notar la mitigación de los principios comunistas, continúa: "La misma guerra contra la propiedad privada, cada vez más suavizada, se restringe hasta el punto de que, por fin, algunas veces ya no se ataca a la posesión en sí de los medios de producción, sino cierto imperio social que contra todo derecho se ha tomado y arrogado la

propiedad. Ese imperio no es realmente propio de los dueños, sino del poder público. Por este medio puede llegarse insensiblemente a que estos postulados del socialismo moderado no se distingan ya de los anhelos y postulados de aquellos que, fundados en los principios cristianos, tratan de reformar la humana sociedad" (18).

Ante este reconocimiento de los valores socialistas que se asemejan a los que en nuestro tiempo manifestará Paulo VI, podría uno esperar una tolerancia con los partidos socialistas y una permisión a los cristianos a colaborar con ellos. Y sin embargo la conclusión del Papa es totalmente contraria. "El socialismo, si sigue siendo verdadero socialismo, aun después de haber cedido a la verdad y a la justicia en los puntos indicados, es incompatible con los dogmas de la iglesia católica, puesto que concibe a la sociedad de una manera sumamente opuesta a la verdad cristiana" (19). Y culmina con su famosa frase: "Socialismo religioso, socialismo cristiano, implican términos contradictorios: nadie puede ser a la vez buen católico y buen socialista" (20). Y eso no lo refiere sólo a la doctrina, sino que lo extiende al socialismo como hecho histórico o como praxis. Parece querer excluir posibles evasiones a su argumentación.

Las razones que aduce el Papa para una conclusión tan definitiva puede que no sean del todo convincentes, y menos hoy. Hay que tener en cuenta que el Papa se refiere a los socialismos de su tiempo que eran sin duda mucho más ideologizados y violentos que los de hoy. Pero escuchemos las principales razones del Papa: El socialismo "ignorante y despreocupado en absoluto de este sublime fin (Dios), tanto del hombre como de la sociedad, pretende que la sociedad humana ha sido instituída exclusivamente para el bien terreno" (21). Además, "ante las exigencias de la más eficaz producción de bienes, han de preferirse y aun inmolarse los más elevados bienes del hombre, sin excluir ni siquiera la libertad". "La

sociedad que se imagina el socialismo ni puede existir ni puede concebirse sin el empleo de una enorme violencia, de un lado, y por el otro, supone una no menos falsa libertad, al no existir en ella una verdadera autoridad social”, ya que ésta se funda en Dios (22).

Tengo la impresión que hay una cierta inconsecuencia lógica en la conclusión a que llega el Papa de excluir todo socialismo para los católicos. De los principios que ha establecido parece que podría concluirse que, a medida que el socialismo vaya dejando ese exceso de represión y esa reducción de sus miras a lo económico, podría ser aceptado por los cristianos. Pero la explicación está en que el Papa no se preocupa tanto de una conclusión teórica, cuanto del peligro real que el socialismo suponía para los católicos, con su mística de lucha por la justicia y su utopía de un mundo igualitario. Y ve que por ese camino los católicos serán arrastrados a esa nueva “religión” y se desvincularán de su fé. Siente el impacto en los católicos del proselitismo socialista y trata de agrandar las distancias. Por eso arguye en estos términos: “Si de verdad quieren ser pregoneros del evangelio, esfuércense ante todo en mostrar a los socialistas que sus postulados, en la medida en que sean justos, pueden ser defendidos con mucho más vigor en virtud de los principios de la fe y promovidos mucho más eficazmente en virtud de la caridad cristiana” (23).

247

Busca el Papa que los ideales cristianos sean los que vivifiquen la acción de los católicos y que no tengan que acudir al socialismo secularizado, para poder actuar valiente y eficazmente en el campo social. Se lamenta de que no pocos cristianos hayan desertado de la iglesia y volado a las filas socialistas. Y continúa dolorosamente el Papa: “nos parece oír que muchos de ellos responden y se excusan con que la iglesia y los que se proclaman adictos a ella favorecen a los ricos” (24). Y exhorta por eso a la fidelidad a

los auténticos principios de la iglesia.

Pero Pío XI nos da una nueva condenación y ésta del todo explícita y extensa del marxismo-leninismo. Los nuevos abusos que llegaban del marxismo en Rusia, más las agitaciones influidas por el marxismo en otros países, como México y España, tenían que impactar al Pontífice. No olvidemos que por estos años también el marxismo estaba ya actuando influyentemente en el Perú. Entonces el Papa escribe la encíclica "Divini Redemptoris", en 1937, en los mismos días en que publicaba la "Mit brennender Sorge", contra los peligros del nazismo.

248

El Papa se ha dado cuenta de que, a pesar de lo contradictorio del marxismo con la enseñanza cristiana, un fondo religioso lo hacía contagioso, y un cierto mesianismo milenarista arrastraba a los que necesitaban urgentemente móviles para vivir y luchar. Lo declara explícitamente. El comunismo "encierra en sí mismo una idea de aparente redención. Un pseudo ideal de justicia, de igualdad y de fraternidad en el trabajo satura toda su doctrina y toda su actividad con un cierto misticismo falso que a las masas, halagadas por falaces promesas, comunica un ímpetu y un entusiasmo contagiosos, especialmente en un tiempo como el nuestro, en el que por la defectuosa distribución de los bienes de este mundo, se ha producido una miseria general hasta ahora desconocida" (25).

Y a continuación se hace ya una exposición clara y detallada del sistema marxista. Se trata de principios "proclamados anteriormente por Marx" que se designa específicamente como "materialismo dialéctico y materialismo histórico". En esa enseñanza "sólo existe una realidad, la materia, con sus fuerzas ciegas, la cual por evolución llega a ser planta, animal, hombre. La sociedad humana, por su parte, no es más que una apariencia y una forma de la materia, que evoluciona del modo dicho y que por ineluctable necesidad

tiende, en un perpetuo conflicto de fuerzas, hacia la síntesis final: una sociedad sin clases" (26). "Insistiendo en el aspecto dialéctico de su materialismo, los comunistas afirman que el conflicto que impulsa al mundo hacia su síntesis final puede ser acelerado por el hombre. Por eso procuran exacerbar las diferencias existentes entre las diversas clases sociales y se esfuerzan para que la lucha de clases, con sus odios y destrucciones, adquiera el aspecto de una cruzada para el progreso de la humanidad" (27). Cuando por ese camino se alcance la utopía final "de una sociedad sin diferencia alguna de clases, el estado político que ahora se concibe exclusivamente como un instrumento de dominación capitalista sobre el proletariado, perderá necesariamente su razón de ser y se 'disolverá'. Sin embargo, mientras no se logre esa bienaventurada situación, el estado y el poder estatal son para el comunismo el medio más eficaz y más universal para conseguir su fin" (28).

Hemos querido transcribir estos párrafos, para mostrar que ahora las declaraciones de los Papas se apoyan en un conocimiento muy preciso del comunismo al que se condena. La refutación de esas ideas y su incompatibilidad con la fe cristiana la muestra el Papa, de acuerdo a la doctrina tradicional. Pero ya hemos notado los rasgos especiales con que designa al marxismo como movimiento pseudoreligioso y místico, una especie de mesianismo terreno, lleno de pasión proselitista. Con colores religiosos, presenta también la etapa escatológica. Y el carácter de la lucha se designa como cruzada. Es decir, el Papa señala expresamente un movimiento religioso y absoluto que evidentemente excluirá cualquier otra visión absoluta como es el cristianismo.

En cuanto a la doctrina marxista, precisa el Papa: "No queda lugar alguno para la idea de Dios, no existe diferencia entre el espíritu y la materia ni entre el cuerpo y el alma; no existe una vida del alma posterior a la muerte, ni hay por consiguiente

esperanza alguna de una vida futura" (29). "Despoja al hombre de su libertad" (30), "suprime en la persona humana toda dignidad y todo freno moral eficaz contra el asalto de los estímulos ciegos" (31). "Afirman el principio de la absoluta igualdad, rechazando toda autoridad jerárquica establecida por Dios, incluso la de los padres" (32). "los individuos no tienen derecho alguno de propiedad sobre los bienes naturales y sobre los medios de producción" (33). La colectividad tiene "un ilimitado poder arbitrario para obligar a los individuos al trabajo colectivo, sin atender a su bienestar particular, aun contra su voluntad e incluso con la violencia" (34). Se trata en una palabra de "una humanidad sin Dios" (35). Se trata de un "pretendido nuevo evangelio" que anuncia la salud y la redención" (36). Sistema lleno "de errores y sofismas, contrario a la razón y a la revelación divina; un sistema subversivo del orden social", "que niega los derechos, la dignidad y la libertad de la persona humana" (37).

250

Su enfrentamiento a la religión es agresivo en la teoría y en la práctica. "El comunismo es por su misma naturaleza totalmente antirreligioso y considera a la religión como el 'opio del pueblo', ya que los principios religiosos que hablan de la vida ultraterrena, desvían al proletariado del esfuerzo por realizar aquel paraíso comunista que debe alcanzarse en la tierra" (38). Por eso donde el comunismo ha llegado al poder, "se ha esforzado por toda clase de medios por destruir desde sus cimientos la civilización y la religión cristiana" (39). En otros lugares, "ha asesinado aun hoy día en masa, por el mero hecho de ser cristiano o al menos contrarios al ateísmo comunista" (40). Y las atrocidades cometidas en Rusia, México, o España no son acontecimientos casuales, sino "los frutos naturales de un sistema, cuya estructura carece de todo freno interno" (41).

De esta manera, es Pío XI el que presenta de una manera sistemática y organizada las nuevas ideologías

y movimientos y los condena. Al marxismo leninismo sin contemplaciones y como respuesta a la más horrible persecución religiosa. Como señala el Papa, la iglesia se presenta ante ellos más como víctima que como condenadora. Al socialismo de modo más práctico que teórico y haciendo notar la coincidencia de muchas de sus doctrinas con las de la enseñanza católica.

No queremos hacer ninguna cita de Pío XII, no porque no tenga abundantes condenaciones del marxismo, sino porque no escribió ningún documento sistemático sobre el tema. Sin embargo, sus mensajes repiten constantemente la enseñanza tradicional y atacan fuertemente al marxismo que se difundía por Italia, con carácter amenazador.

Pero sí queremos aludir a un hecho que habla quizás más que muchos textos y es el decreto del Santo Oficio de 1949, mandado publicar por el mismo Papa y que prohíbe la afiliación a los partidos marxistas y excluye de la participación en los sacramentos a los que se hubieren afiliado. A la pregunta: "Si es lícito afiliarse a los partidos comunistas o favorecerlos", se contesta: "Negativamente, pues que el comunismo es materialista y anticristiano; los jefes comunistas, en efecto, aun cuando de palabra dicen a veces que no combaten la religión, de hecho, sin embargo, tanto por la doctrina como por la acción, se muestran enemigos de Dios, de la verdadera religión y de la iglesia de Cristo" (42). A la pregunta por su posible participación en los sacramentos, se contesta: "Negativamente, según los principios ordinarios sobre la denegación de los sacramentos a aquellos que son indignos" (43). Y a la pregunta de que si "los que profesan la doctrina materialista y anticristiana de los comunistas, y sobre todo los que la defienden y propagan, incurrían ipso facto, como apóstatas de la fe católica, en la excomunión especialmente reservada a la Sede Apostólica", la respuesta es afirmativa (44).

La actitud de rechazo del comunismo no se puede hacer de una manera más tajante. Se distingue sin embargo entre la negación de los sacramentos que alcanza a todos los afiliados al partido, y la excomunión que se reserva para los que profesan la doctrina materialista y anticristiana del marxismo. De ese modo luchaba Pío XII contra la infiltración del marxismo en Italia y en otros países tradicionalmente católicos.

4. Pablo VI y un cierto reconocimiento del socialismo.

Antes de analizar la postura de Pablo VI que supone un nuevo cambio en la doctrina de la iglesia, nos vamos a fijar en algunas aportaciones del Papa Juan XXIII. Y comencemos por indicar que en 1958 se dió un nuevo decreto del Santo Oficio confirmando el de 1949. Y a la nueva consulta de "si es lícito a los ciudadanos católicos dar su voto en las elecciones a partidos o candidatos que, aunque no profesen principios opuestos a la doctrina católica, y que incluso se digan católicos, de hecho, sin embargo se asocian con los comunistas y los favorecen con su modo de proceder", la respuesta fue negativa (45).

252

En la encíclica "Mater et Magistra", de 1961, apoya las condenaciones del marxismo hechas por sus antecesores (46) y reconoce que "la oposición entre comunismo y cristianismo es radical" (47). Y en la "Pacem in terris" de 1963, al hacer la declaración cristiana de los derechos del hombre, pone entre ellos el derecho de propiedad, aun extensivo a los medios de producción (48).

Pero quizás la novedad más importante introducida por Juan XXIII es la distinción entre las doctrinas filosóficas materialistas y lo que puede ser las corrientes políticas o sociales que en ellas se inspiran. "Es completamente necesario distinguir entre las teorías filosóficas falsas sobre la naturaleza, el origen, el fin del mundo y del hombre, y las corrientes de carácter

económico y social, cultural o político, aunque tales corrientes tengan su origen e impulso en tales teorías filosóficas. Porque una doctrina, cuando ha sido elaborada y definida, ya no cambia. Por el contrario, las corrientes referidas, al desenvolverse en medio de condiciones mudables, se hallan sujetas por fuerza a una continua mudanza" (49).

Hay ahí quizás una alusión patente a ciertos socialismos de inspiración marxista, pero que habían ido modificando su praxis en lo económico y en lo político. Y ya le parece al Papa injusto aplicarles las condenaciones del marxismo sin más. Es probablemente con estas corrientes o aun con los marxistas en general, con los que el Papa entreabre la posibilidad de un diálogo que resulta novedoso en la práctica de la iglesia. "Puede a veces suceder que ciertos contactos de orden práctico que hasta ahora parecían totalmente inútiles, hoy, por el contrario, sean realmente provechosos o se prevea que pueden llegar a serlo en el futuro" (50). Pero deja el juicio sobre la oportunidad de tales contactos a la prudencia y al juicio de las enseñanzas y directrices de la iglesia.

253

Pablo VI vuelve en su encíclica "Ecclesiam suam", de 1964, a enfrentarse con el tema del diálogo con el marxismo. Tras "condenar los sistemas ideológicos que niegan a Dios y oprimen a la iglesia, sistemas identificados frecuentemente con regímenes económicos, sociales y políticos, y entre ellos especialmente el comunismo ateo" (51), pone de relieve la dificultad del diálogo con los que se presentan como agresores encarnizados. "La hipótesis de un diálogo se hace muy difícil en tales condiciones, por no decir imposible, aunque en nuestro ánimo no hay hoy todavía exclusión preconcebida alguna hacia las personas que profesan los susodichos sistemas y se adhieren a esos regímenes" (52). Y señala entre la dificultades, "la falta de suficiente libertad de juicio y de acción" y "el abuso dialéctico de la palabra, dirigida no ya a la búsqueda y expresión de la verdad objetiva, sino

puesta al servicio de fines utilitarios preestablecidos” (53).

En la encíclica “*Populorum progressio*”, de 1967, el Papa hace una clara y tajante condenación del marxismo. “El cristiano no puede admitir lo que supone una filosofía materialista y atea, que no respeta ni la orientación de la vida hacia su fin último, ni la libertad ni la dignidad humanas” (54). Condenación que se hace aún más explícita en la “*Octogesima adveniens*”, del año 1971. “El cristianismo que quiere vivir su fe en una acción política concebida como servicio, no puede adherirse, sin contradecirse a sí mismo, a sistemas ideológicos que se oponen, radicalmente o en puntos sustanciales, a su fe y a su concepción del hombre. No les es lícito, por tanto, favorecer a la ideología marxista, a su materialismo ateo, a su dialéctica de la violencia y a la manera como ella entiende la libertad individual dentro de la colectividad, negando al mismo tiempo toda trascendencia al hombre y a su historia personal y colectiva” (55).

254

En un ambiente más cercano a la problemática del tercer mundo, alerta también el Papa, en la “*Populorum progressio*” contra los movimientos pasionales de las multitudes que pueden llevar al caos. “En ese desarrollo, la tentación se hace tan violenta que amenaza arrastrar hacia los mesianismos prometedores, pero forjadores de ilusiones. ¿Quién no ve los peligros que hay en ello, de reacciones populares violentas, de agitaciones insurreccionales y de deslizamientos hacia las ideologías totalitarias?” (56). Y en un contexto semejante, en el discurso inaugural de la conferencia de Medellín, dice expresamente: “Entre los diversos caminos hacia una justa regeneración social, nosotros no podemos escoger ni el marxismo ateo, ni el de la rebelión sistemática, tanto menos el del esparcimiento de sangre y el de la anarquía” (57).

Sin embargo, el Papa, en la “*Octagesima adveniens*”,

señala diferentes niveles dentro del mismo marxismo, desarrollando lo insinuado ya por Juan XXIII. En efecto, hace notar que muchos ven hoy el marxismo sometido a un proceso de desintegración y división en sectas rivales. Enfrentamientos que no se refieren sólo a la ideología, sino a la praxis política. Una condena indiscriminada corre el peligro de no precisar al adversario. También aquí la situación ha cambiado desde los tiempos de Pío XI, en que el marxismo era casi un bloque monolítico. De los cuatro niveles que el Papa señala, rechaza claramente los tres primeros y sólo con respecto al cuarto tiene una actitud más tolerante.

“Para unos, el marxismo sigue siendo esencialmente una práctica activa de la lucha de clases. Experimentando el vigor siempre presente y la dureza, que siempre reaparece, de las relaciones de dominio y de explotación entre los hombres, reducen el marxismo a una lucha, a veces sin otra perspectiva, lucha que hay que proseguir y aun suscitar de manera permanente. Para otros, el marxismo es en primer lugar el ejercicio colectivo de un poder político y económico, bajo la dirección de un partido único que se considera él solo expresión y garantía del bien de todos, arrebatando a los individuos y a los demás grupos toda posibilidad de iniciativa y de elección. En un tercer nivel, el marxismo, esté o no en el poder, se refiere a una ideología socialista basada en el materialismo histórico y en la negación de toda trascendencia. Finalmente se presenta, según otros, bajo una forma más atenuada, más seductora para el espíritu moderno: como una actividad científica, como un riguroso método de examen de la realidad social y política, como el vínculo racional y experimentado por la historia entre el conocimiento teórico y la práctica de la transformación revolucionaria” (58).

El primer nivel sería el del activismo revolucionario. El segundo el del régimen marxista instalado en el poder y manipulando por el partido todos los resortes

de la sociedad. El tercero sería la mera consideración ideológica del materialismo histórico. Y el cuarto sería el intento de los que han querido desligar el marxismo como método, de la ideología materialista y atea. Es decir, la investigación social a base de los presupuestos del papel decisivo de la economía en todos los factores.

Respecto al cuarto nivel del método sin la ideología, el Papa se expresa no sin reservas: "A pesar de que este tipo de análisis concede un valor primordial a algunos aspectos de la realidad, con detrimento de otros, y los interpreta en función de una ideología arbitraria, proporciona sin embargo a algunos, a la vez que un instrumento de trabajo, una certeza previa para la acción: la pretensión de descifrar, bajo una forma científica, los resortes de la evolución de la sociedad" (59). Parece, pues, reconocerlo como un método aplicable, aunque lleno de peligros y de apriorismos.

256

Y todavía teme el Papa que esas distinciones puedan conducir a algunos a una adhesión parcial y perniciosa al marxismo. Por eso señala a continuación la estrecha vinculación de los diferentes niveles. "Si bien en la doctrina del marxismo, tal como es concretamente vivido, pueden distinguirse estos diversos aspectos, que se plantean como interrogantes a los cristianos para la reflexión y para la acción, es sin duda ilusorio y peligroso olvidar el lazo íntimo que los une radicalmente, el aceptar los elementos del análisis marxista sin reconocer sus relaciones con la ideología, el entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista, omitiendo el percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta a la que conduce ese proceso" (60).

Pasemos ahora al tema del socialismo, donde la innovación de Paulo VI es más decisiva. Para comprenderla, no podemos olvidar la evolución que los partidos socialistas europeos han sufrido, desde los días de

Pío XI. Han perdido casi por completo su carácter mesiánico y pseudoreligioso. Se han adaptado a la lucha dentro de la sociedad democrática y el juego de los partidos y la lucha sindical. Se han despojado de la ideología marxista y toleran plenamente la libertad de pensamiento y la libertad religiosa. La realidad ofrece así una situación muy diversa a la que hizo a Pío XI condenar el socialismo. Es en este ambiente donde hay que comprender las siguientes palabras.

“Hoy día, los cristianos se sienten atraídos por las corrientes socialistas y sus diversas evoluciones. Tratan de reconocer en ellas un cierto número de aspiraciones que llevan dentro de sí mismos en nombre de su fe. Se sienten insertos en esta corriente histórica y quieren realizar dentro de ella una acción” (61). Estas palabras no difieren mucho de las que el mismo Pío XI pronunciaba, reconociendo los valores del socialismo. A continuación señala el Papa que la palabra socialismo significa realidades distintas según los continentes y las culturas. Y pone de relieve que “con demasiada frecuencia los cristianos atraídos por el socialismo, tienden a idealizarlo, en términos por otra parte muy generosos: voluntad de justicia, de solidaridad y de igualdad” (62).

257

Ve pues el Papa el poder atractivo que el socialismo ejerce sobre los cristianos, a la vez que alerta contra una idealización de la política, muy típica de hombres religiosos que confunden a veces los ideales supremos con su realización práctica. Hace ver que la ideología socialista suele ser la que inspira muchos de esos movimientos, lo que obliga a una reflexión ponderada, a pesar de que los cristianos traten de separarse de las presiones ideológicas de los socialismos históricos. Y vuelve a distinguir niveles, para evitar adhesiones incondicionales y absolutistas. “la aspiración generosa y la búsqueda de una sociedad más justa, los movimientos históricos que tienen una organización y un fin político, la ideología que pretende dar una visión total y autónoma del hombre”

(63). Es decir, los ideales últimos, la organización y la praxis del partido concreto y la ideología que lo inspira.

De estas premisas deberá el cristiano deducir su acción aun dentro de esa corriente socialista. "La vinculación concreta que, según las circunstancias, existe entre ellas (esas tres dimensiones señaladas), debe ser claramente señalada, y esta perspicacia permitirá a los cristianos considerar el grado de compromiso posible en estos caminos, quedando a salvo, los valores, en particular, de la libertad, la responsabilidad y la apertura a lo espiritual, que garantizan el desarrollo completo del hombre" (64). Pues, una permisión de colaborar con esos partidos, aunque siempre con todas esas precauciones que son muy necesarias por la historia ideológica de esos partidos concretos y por la tendencia de muchos cristianos a quedarse en la mera consideración de los ideales justos.

258

Podíamos terminar aquí nuestro trabajo, pero preferimos hacer una reflexión sobre una aplicación concreta de esta doctrina al Perú.

5. El episcopado peruano y el socialismo.

Cuando la "Octogésima adveniens" salió a luz, en 1971, en el Perú se vivía un proceso de transformación social que logró entusiasmar a no pocos cristianos. La jerarquía que se sentía acuciada por los documentos de Medellín a apoyar una transformación social en nuestros pueblos, vio también con simpatía explicable el proceso. Hay que reconocer que no faltaron esperanzas mesiánicas de un porvenir inmediato completamente distinto. En esas circunstancias, se presentó como tema para el sínodo de 1971, el de la justicia en el mundo. Todo invitaba a una declaración entusiasta, donde se apoyaran los procesos de cambio y se acogiera la posibilidad que ofrecía la "Octogésima adveniens" de un nuevo socialismo alentado por los cristianos.

Es así como se redactó el documento "La justicia en el mundo", que fue aprobado por la conferencia episcopal y ha pasado como uno de los documentos más avanzados de todos los episcopados. Se tomarán en él las frases de la "Octogesima adveniens" que alaban el socialismo y el impacto que produce en los cristianos. Se señalarán las metas últimas de justicia e igualdad que inspiran ese socialismo, pero se será mucho más cauto en señalar las reservas que el mismo párrafo de la encíclica señala. De esta manera se saca la impresión de un socialismo, como esperanza prometedora en América latina.

Sin embargo, me parece que hay un grave error de perspectiva en este documento. Los cautelosos párrafos de la "Octogesima adveniens" van claramente dirigidos hacia el socialismo tal cual se había desarrollado hasta esa fecha en Europa. Partidos reales, con años de experiencia democrática, con una voluntad de tolerancia religiosa e ideológica. Ahí la colaboración con ese socialismo era plenamente comprensible. Pero la realidad del Perú, y esto parecen no advertirlo los obispos peruanos, era muy distinta. No existían en realidad partidos socialistas de importancia y el socialismo verdaderamente influyente y decisivo era sin duda el marxista. El proceso con ciertas tendencias socializantes que se llevaba a cabo desde el poder militar era algo muy heterogéneo para lo que podía sonar a apoyo decidido de los obispos a un socialismo cristiano, o alentado por ellos (n. 10).

259

Más aún, en el texto de los obispos peruanos hay frases que tienen cierta resonancia marxista, lo que lo aleja mucho más del espíritu de la encíclica papal que ya vimos condena taxativamente al marxismo. En efecto, el documento peruano lanza un rechazo "del capitalismo, tanto en su forma económica como en su base ideológica" y pide la formación de una "sociedad cualitativamente distinta". Es éste un término que en boca de los obispos podemos entender

cristianamente. Pero en el lenguaje "ordinario" de nuestros medios políticos indica la revolución marxista. Es el término técnico usado por ellos. Habla también de una democracia real por la participación política efectiva de todos los ciudadanos. "*por la propiedad social de los medios de producción*" y por la práctica humana del trabajo (n.10).

En un párrafo anterior usaba el mismo documento una fórmula más aceptable, pues decía que hay que superar "la *exclusiva* apropiación privada de los medios de producción" (n 9). Pero al hablar de que la sociedad será democrática por *la propiedad social de los medios de producción*, parece darnos a entender que toda propiedad será enteramente social. Y eso iría contra la abierta enseñanza de los Papas y contra la declaración de Juan XXIII que coloca, entre los derechos fundamentales del hombre, la posesión de medios de producción (65).

260

Pero prescindiendo de estas y otras imperfecciones del texto, lo que me parece revela una cierta ingenuidad política es la transcripción entusiasta de las palabras de Pablo VI, en un contexto muy diferente, a (a pesar de su valor universal), a las circunstancias peruanas. donde, sin querer, sólo se lograba un servicio al marxismo que era el único socialismo vigente en la realidad socio-política de nuestro país. Al señalar estas críticas no pretendo en modo alguno atacar al episcopado, ni apoyar a los que se sintieron defraudados por sus declaraciones. Quiero solamente señalar las imperfecciones de redacción y el trasplante ingenuo de circunstancias. Pienso que se trata más bien de un defecto redaccional en un texto que, como tantas veces ocurre, fue aprobado con mucha precipitación.

NOTAS

- (1) Se puede consultar sobre este tema un artículo de E.J. Laje: "Magisterio de la iglesia y socialismo", en *Stromata*, XXXIII (1977) 159 ss.
- (2) Las citas de los Papas hasta Pío XII las vamos a hacer de la colección "Doctrina pontificia. III. Documentos sociales". Madrid. 1969. "Qui pluribus", n. 5. Lugar citado, pg. 79 s.
- (3) "Nostis et nobiscum", n. 6. Lug. cit. pag. 126.
- (4) Lug. cit. n. 17. Lug. cit. pg. 134.
- (5) Denzinger: "El magisterio de la iglesia". Barcelona 19. n. 1718a.
- (6) "Quod apostolici muneris", n. 1. Lug. cit. pg. 179.
- (7) Lug. cit. n. 2. Lug. cit. pg. 180.
- (8) Lug. cit. n. 10. Lug. cit. pg. 188.
- (9) "Saepenumero Pontificatus", n. 3. Citado por E.J. Laje, lug. cit. pg. 169.
- (10) "Rerum novarum", n. 2. Lug. cit. pg. 312 s.
- (11) "Rerum novarum", n. 14, Lug. cit. pg. 234.
- (12) "Rerum novarum", n. 11. Lug. cit. pg. 321.
- (13) "Nessuno ignora", n. 8. Lug. cit. pg. 449.
- (14) Discurso en la cámara de diputados, en 1925. Citado por J. Villain. "La enseñanza social de la iglesia". Madrid. 1961, pg. 123.
- (15) "Quadragesimo anno", n. 112. Lug. cit. pg. 747.
- (16) Lug. cit. n. 112. Lug. cit. pg. 748.
- (17) Lug. cit. n. 113. Lug. cit. pg. 748.
- (18) Lug. cit. 114. Lug. cit. pg. 749.
- (19) Lug. cit. n. 117. Lug. cit. pg. 751.
- (20) Lug. cit. n. 120. Lug. cit. pg. 752.
- (21) Lug. cit. n. 118. Lug. cit. pg. 751.
- (22) Lug. cit. n. 119. Lug. cit. pg. 752.
- (23) Lug. cit. n. 116. Lug. cit. pg. 750.
- (24) Lug. cit. n. 124. Lug. cit. pg. 754.
- (25) "Divini Redemptoris", n. 8. Lug. cit. pg. 842 s.
- (26) Lug. cit. n. 9. Lug. cit. pg. 843 s.
- (27) Lug. cit. n. 9. Lug. cit.

- | | |
|--|--|
| pg. 844. | (43) Lug. cit. Y en Denzinger Schönmetzer, n. 3865. |
| (28) Lug. cit. n. 13. Lug. cit. pg. 846. | (44) Lug. cit. |
| (29) Lug. cit. n. 9. Lug. cit. pg. 844. | (45) En Denzinger Schönmetzer: <i>Enchiridium symbolorum</i> . Barcelona. 1975. |
| (30) Lug. cit. n. 10. Lug. cit. pg. 844. | (46) Las restantes encíclicas de los Papas las citaremos por la obra de recopilación de J. Iribarren: "Ocho grandes mensajes". Madrid. 1972. "Mater et Magistra", nn. 23, 34, 214. |
| (31) Lug. cit. n. 10. Lug. cit. pg. 844. | Lug. cit. pg. 136, 138, 188. |
| (32) Lug. cit. n. 10. Lug. cit. pg. 844. | (47) "Mater et Magistra", n. 34. Lug. cit. pg. 138. |
| (33) Lug. cit. n. 10. Lug. cit. pg. 845. | (48) "Pacem in terris", n. 21. Lug. cit. pg. 216. |
| (34) Lug. cit. n. 12. Lug. cit. pg. 846. | (49) Lug. cit. n. 159. Lug. cit. pg. 254. |
| (35) Lug. cit. n. 12. Lug. cit. pg. 846. | (50) Lug. cit. n. 160. Lug. cit. pg. 254. |
| (36) Lug. cit. n. 14. Lug. cit. pg. 847. | (51) "Ecclesiam suam", n. 94. Lug. cit. pg. 307. |
| (37) Lug. cit. n. 14. Lug. cit. pg. 847. | (52) Lug. cit. n. 95. Lug. cit. pg. 308. |
| (38) Lug. cit. n. 22. Lug. cit. pg. 852. | (53) Lug. cit. n. 95. Lug. cit. pg. 308. |
| (39) Lug. cit. n. 19. Lug. cit. pg. 850. | (54) "Populorum progressio", n. 39. Lug. cit. pg. 346. |
| (40) Lug. cit. n. 20. Lug. cit. pg. 851. | (55) "Octogesima adveniens", n. 26. Lug. cit. 510. |
| (41) Lug. cit. n. 21. Lug. cit. pg. 852. | (56) "Populorum progressio", n. 11. Lug. cit. pg. 333. |
| (42) Decreto de la Sda. Congregación del Sto. Oficio, promulgado el 1 de julio de 1949. Lug. cit. pg. 1072s. | (57) Discurso de Pablo VI en |

la apertura de la segunda conferencia del CELAM. En "Medellín. Conclusiones" Bogotá, 1971. pg. 16.

(58) El subrayado es nuestro. "Octogesima adveniens", n. 33. Lug. cit. pg. 513.

(59) Lug. cit.

(60) Lug. cit. n. 34. Lug. cit. pg. 513 s.

(61) "Octogesima adveniens", n. 31. Lug. cit. pg. 512.

(62) Lug. cit.

(63) Lug. cit.

(64) Lug. cit. Creo que la innovación de Pablo VI es plena, al admitir esta posibilidad de participación de los cristianos en los movimientos socialistas, aun con todas sus reservas. Se puede recordar que todavía Juan XXIII, en la

"Mater et Magistra" enseñaba, aunque recordando la enseñanza de Pío XI, la prohibición de participar en el socialismo moderado. n. 34. Lug. cit. pg. 138.

(65) El documento se halla en diferentes ediciones. Citamos el de la Comisión de Acción Social, Lima, 1971. R. Antoncich en su obra policopiada: "Hacia una mejor lectura de los documentos del Magisterio". Lima, sin fecha, trata de mostrar que los antiguos argumentos contra el socialismo no hallan vigencia en el Perú. Pero incurre en la misma abstracción de la realidad concreta, sobre todo en el plano político, en que incurren los obispos. Táctica muy noble quizás, pero con el peligro siempre de acabar en "tortos útiles".